

de 13,000 que había pedido el presidente. Aquel día habían publicado los periódicos la noticia de que la guerra había estallado, y en toda la ciudad ondeaban banderas de los Estados Unidos, sin exceptuar la casa de Gordon Bennett, propietario del periódico *New York Herald*, partidario del Sur, porque el pueblo amenazó destruir la casa si no izaba la bandera nacional. Muchos republicanos tibios y muchos partidarios del Sur alardearon entonces en Nueva York de patriotas y unionistas. En todas partes resonaban gritos pidiendo armas, y parecía que todo un pueblo se levantaba á una sola voz para sacudir el yugo de un tirano ó de un conquistador extranjero.

Solo el gobierno de Washington se mostraba indeciso, y Lincoln, demasiado humanitario y constitucional, rehuía dictar medidas enérgicas, cuando probablemente habrían ahorrado incalculables sacrificios, que despues se hicieron absolutamente necesarios.

Desde el 10 de abril fueron llegando milicias á Washington hasta formar treinta compañías, y además los vecinos y empleados del gobierno organizaron una guardia cívica local, de modo que ya no era de temer el golpe de mano que, segun voces, meditaban los rebeldes con el objeto de apoderarse de la capital federal, del presidente, de sus ministros y demás altos funcionarios, de los archivos y del tesoro; cosa que habría sido relativamente fácil de lograr hasta mediados de abril, pero despues ya no. El general Stone, encargado del mando de las fuerzas y de la defensa de la ciudad, embargó las grandes existencias de harina almacenadas en Georgetown, arrabal de Washington, y las hizo trasladar á los sótanos de los edificios públicos, para impedir que fuesen vendidas al Sur, como había sucedido hasta entonces con varias partidas considerables, y para asegurar la subsistencia á las tropas y á la población, que entonces llegaba ya á 60,000 almas. Tambien se apoderó de los vapores que hacían el servicio en el río, del telégrafo y del correo, cuyo ramo tomó desde entonces bajo su dirección. El ministerio de Hacienda, con las arcas del tesoro, y otros edificios públicos fueron fortificados, por manera que no era ya de temer ninguna sorpresa. Hasta entonces los confederados habían tenido inteligencias en Washington, sabiendo día por día lo que allí pasaba y se hacia, sin que el ministro de la Guerra tomara ninguna determinación para impedirlo. Tampoco impidió que muchos oficiales de tierra y mar tomaran sus licencias y se pasaran á docenas al servicio de los confederados; y así, solo desde la proclamación del nuevo presidente, en 4 de marzo, hasta 4 de junio de 1861, habían pasado al servicio naval del Sur 259 oficiales de la marina de guerra de la Union. Todo esto cesó desde que el general Stone se encargó de la defensa del gobierno y de la capital.

El citado regimiento de Massachusetts no había llegado á Washington sin efusión de sangre, porque al pasar por Baltimore, donde el pueblo estaba en su mayoría á favor del Sur, fué insultado por el populacho, en cuya ocasión hubo muertos y heridos. En el camino, las fuerzas del Norte encontraron muchos puentes rotos y destruidas las vías férreas, cuyos ingenieros y maquinistas, en su mayoría partidarios del Sur, habían abandonado sus puestos. Por fortuna pudieron ser fácilmente sustituidos por individuos del mencionado regimiento de Massachusetts, que se había reclutado en gran parte entre la población obrera de aquel Estado industrial, donde abundaban mecánicos é ingenieros. Así se repusieron pronto los daños causados en las vías y en el material y se cubrieron las vacantes del personal de explotación.

Sucesivamente fueron concentrándose fuerzas en Washington, donde se presentó tambien pronto la milicia de Rhode-Island, mandada por el mismo gobernador-presidente de

aquel Estado, el mas pequeño de la república norteamericana. Entretanto continuó el gobierno su política vacilante, procurando «no exasperar» al Sur con medidas agresivas para no cerrar todas las puertas á la reconciliación. El abogado Butler, nombrado general, se mostró mas enérgico y ocupó militarmente á Baltimore, capital del Maryland, sin hacer caso de las protestas del gobierno de este Estado, en el cual, á consecuencia de esta actitud enérgica de Butler, se enfrió rápidamente el entusiasmo por el Sur. Lo mismo sucedió en el Estado vecino de Delaware, que desde entonces permaneció como el anterior fiel á la Union.

Los confederados del Sur procedieron desde el primer instante con decisión y energía, y así pudieron poner en campaña, mas pronto que el Norte, sus fuerzas bien organizadas, compuestas de gente mas escogida y dirigidas mejor. Los demagogos por una parte y el clero desde el púlpito por otra inflamaron el ardor bélico del pueblo en menos tiempo que el del Norte; el pueblo del Sur estaba además acostumbrado á someterse á la voluntad de los opulentos y aristocráticos hacendados dueños de grandes masas de esclavos, mientras Lincoln guardaba muchas atenciones á los Estados esclavistas limitrofes para alejarlos del Sur y atraerlos á la causa de la Union. Tambien tenia que contemporizar con los muchos moderados y unionistas tibios del Norte, que no querían convencerse de la gravedad de la situación y de la magnitud que iba á tomar la guerra civil. El presidente se negó, pues, enérgicamente á dar á las tropas federales la orden de penetrar en la Virginia y de ocupar este país militarmente, con lo cual dió tiempo á los rebeldes para apoderarse de los importantes parques federales de Harpers-Ferry, á orillas del Potomac, y de Gosport, en frente de Norfolk, en los cuales encontraron 2,000 cañones, 250,000 libras de pólvora y otros pertrechos de guerra en tanta abundancia que su valor se estimó en mas de diez millones de pesos. Además se apoderaron de cierto número de buques, uno de los cuales, el *Merrimac*, fué en seguida convertido en acorazado. Lincoln tuvo mas adelante la franqueza de confesar que lejos de dirigir los sucesos, se dejó empujar por ellos.

Davis, el presidente de la Confederación del Sur, tampoco creyó que la guerra tomaría las proporciones que tomó, ni que sería de mucha duración, y se contentó con poner sobre las armas un ejército regular de 25,000 hombres y con establecer banderines de enganche para 150,000 voluntarios; pero procedió con mas actividad que el gobierno de Washington, el cual se limitó á reforzar el ejército regular hasta 25,000 hombres, enganchados por cinco años, y á disponer el enganche por tres años de 42,000 voluntarios, á cuyas fuerzas se agregaban las milicias locales de los Estados mas adictos, pero que solo tenían obligación de servir tres meses.

Todas las plazas fuertes situadas en los Estados rebeldes cayeron inmediatamente en poder de estos, menos el fuerte de Pickens, en Pensacola, y la fortaleza de Monroe, que quedaron en poder de las fuerzas federales. En Luisiana, Misuri, Florida y Tejas, los gobiernos locales, antes de la proclamación del presidente Lincoln, embargaron todo lo que pertenecía al gobierno federal, cuando este, en la previsión de una guerra civil, acababa de aumentar los depósitos de armas del Sur, entre otros pertrechos, con mas de cien mil fusiles del parque central de Springfield. Lo que de esta manera cayó en poder de los Estados del Sur se calculó en unos 30 millones de pesos (1). El general Twiggs, que mandaba en Tejas, permitió, se supone que por un pacto secreto con las autoridades del Sur, que estas desarmaran é hicieran prisioneras las tropas federales acantonadas en Te-

(1) Macpherson: *History of the rebellion*.

jas, por cuya causa fué expulsado del ejército federal. Entre los centenares de empleados civiles y de oficiales del ejército de la Union que se retiraron del servicio y que una vez desligados del juramento de fidelidad á la bandera federal entraron á servir á los Estados sublevados, donde habían nacido, figuró el general Lee, que entró en el ejército del Sur cuando su país la Virginia no se había pronunciado todavía, y el acto de Lee contribuyó mucho á que su Estado se pronunciara por el Sur.

La primera campaña en Virginia

El 23 de mayo las fuerzas federales pasaron el río Potomac y tomaron posiciones en las alturas de Arlington, en frente de Washington, mientras una parte del ejército ocupaba á Alejandría, el punto final del ferrocarril que pone en comunicación la capital de los Estados Unidos con el Sur. En esta ocasión Ellsworth, coronel de los zuavos de Nueva York, penetró con algunos de los suyos en una casa para arrancar una bandera de los rebeldes que colgaba de una ventana, y murió de un tiro que le dispararon los de dentro. El asesino fué preso y muerto en el acto, siendo despues honrada su memoria en el Sur como la de un patriota mártir.

A principios del mes de julio de 1861 había en Washington y sus inmediaciones 60,000 hombres mandados por Mac Dowell; 25,000 hombres á las órdenes de Patterson guardaban el paso del río Potomac cerca de Harpers-Ferry y de la confluencia con el Shenandoah; 8,000 á 10,000 hombres mandados por Butler se apoyaban en la fortaleza de Monroe, y en la Virginia occidental estaba el general Mac Clellan con unos 20,000 hombres. Los confederados tenían unos 50,000 hombres cerca de Manassas, cruce de dos ferrocarriles distante algunas millas del río Potomac. En frente de Patterson estaba Johnston con unos 20,000 hombres, y en frente de Mac Clellan había tomado posiciones Garnett con 7,000 á 8,000 hombres. Un ejército en via de formación estaba destinado á la defensa de Richmond.

Mac Clellan fué el que ganó los primeros laureles en esta guerra, atacando y derrotando con fuerzas superiores, en varios encuentros, á las fuerzas diseminadas de Garnett que tenía enfrente, y tomándoles 7 cañones y mil prisioneros. En uno de estos encuentros murió Garnett. Estas victorias de los federales alarmaron á Johnston, el cual abandonó sus posiciones enfrente de Harpers-Ferry; así Patterson, que iba á imitarle, recibió orden de no moverse. Si entonces hubiesen avanzado simultáneamente Mac Clellan y Patterson, segun un plan fijado previamente y de comun acuerdo, habrían obtenido ciertamente un resultado brillantísimo, pero no hubo tal cooperación. El gran plan del gobierno era marchar sobre Richmond, plan que se frustró en la famosa derrota de Bull Run por no haber escuchado la opinión del anciano general Scott, al cual muchos trataron de echar la culpa del desastre. Los ministros, reunidos en su cuartel general, le instaron para que tomara la ofensiva y marchara contra Richmond para aprovechar la presencia de las milicias, que teniendo solo obligación de servir tres meses, plazo que concluía á fines del mes de julio, iban á regresar á sus casas sin haber prestado utilidad ninguna por el dinero que habían costado. ¡Con ideas tan mezquinas y una ignorancia tan crasa de la ciencia de la guerra empezaba el gobierno de Washington la gran empresa de someter á la Confederación del Sur! Scott, que entonces era generalísimo de las fuerzas federales, trató en vano de hacer comprender á los ministros que antes de emprender nada era indispensable reunir cerca de Washington 150,000 hombres distribuidos en varios campamentos fortificados, donde fuesen convenientemente instruidos en todos los ejercicios y acostumbrados á la disciplina.

Igual número debía concentrarse en la confluencia de los ríos Ohio y Mississippi, y solo cuando ambos ejércitos estuvieran debidamente instruidos en todas las maniobras y demás operaciones del servicio podía el ejército de Washington marchar sobre Richmond, la capital de los confederados, y el ejército del Ohio dirigirse al Sur y limpiar de enemigos toda la cuenca del Mississippi hasta el mar. Para mejor convencer á los ministros del disparate que pedían, hizo llamar al consejo dos militares de carrera, primero al coronel mas jóven del ejército y despues á uno de los generales mas antiguos, y ambos dijeron en sustancia lo mismo que Scott, á saber: que era preciso organizar y disciplinar primero el ejército, y aun hecho esto debidamente, no se llegaría á Richmond en menos de 50 días, á causa de las dificultades del terreno, y suponiendo que el enemigo se dejara derrotar y rechazar en todo el camino.

El plan de Scott fué adoptado despues como base de operaciones, pero solo cuando, por desgracia, la experiencia había probado que la guerra, como dice Blaine en su obra (1), se ha de hacer forzosamente segun enseña la ciencia militar y que no bastan ni la causa mas justa, ni banderas ni vivas, ni el arrojo mas patriótico para llevarla á buen término.

Scott cedió; en 21 de julio recibió Mac Dowell la orden de avanzar, y junto al arroyo de Bull-Run encontró al enemigo. Los confederados cedieron ante el empuje de los federales; pero entonces la indisciplina lo echó todo á perder, porque el 4.º regimiento de Pensilvania y el 8.º de Nueva York, que era de artillería, habían pedido la noche anterior su sueldo y la licencia para volver á sus casas por haber concluido sus tres meses de servicio, y á pesar de todas las súplicas del general Mac Dowell para que se quedaran solamente cinco días mas, abandonaron el campamento al día siguiente cuando el ejército marchó al ataque, y en medio de los estampidos de la artillería enemiga, emprendieron con su batería la marcha de regreso. Los otros regimientos avanzaron en el mayor desorden; no había servicio de guerrillas ni de descubierta, ni siquiera tenían los jefes mapas ni plano topográfico; los soldados se diseminaron, unos fueron á beber al arroyo, otros á coger bayas en el bosque, y todo fué confusión. El general confederado Johnston volvió á presentar la batalla despues de un movimiento hábil, y el federal Jackson consiguió reunir la tropa en buen orden; pero pronto se apoderó de ella un pánico tan grande que huyó á la desbandada y no paró hasta las puertas de Washington, salvo algunos pocos regimientos, entre ellos la brigada de Blenker, formada en su mayor parte de alemanes, que hicieron alguna resistencia formal.

El gobierno de Washington había conseguido con su insistencia que se diera un gran golpe, pero con el resultado que los inteligentes habían previsto. La lección, de todos modos necesaria, fué dura, pero provechosa y apropiada al genio de los norteamericanos, que necesita un fracaso sensible para hacer brillar en toda su intensidad su admirable tenacidad y su gran instinto práctico. El bochorno que causó en todo el Norte la vergonzosa derrota de Bull-Run abrió los ojos á todos y convenció al gobierno, como al pueblo, de que con medios mezquinos no pueden obtenerse grandes resultados, de que el tiempo de las contemplaciones había pasado y de que había que desechar todas las ilusiones de paz. Desde entonces pudo observarse en todos los departamentos del gobierno como en la opinión pública una nueva vida, vigorosa y enérgica, y se hicieron de una vez, y con suma rapidez, los preparativos de una guerra en grande escala. Lincoln pidió al congreso 400,000 hombres, y el poder

(1) *Veinte años de congreso*.

legislativo le autorizó para llamar á las armas medio millón y le otorgó los fondos necesarios. En los parques y arsenales de la Union se trabajó con actividad febril: una sola fábrica de armas, la de Springfield, en Massachusetts, suministró en el espacio de un año cerca de 200,000 fusiles. En todo el Norte se fabricaban material de guerra, paños para los uniformes y capotes, calzado, mochilas, vendajes, con-

servas y demás. Antes de acabar el año 1861 tenia el Norte 570,000 hombres sobre las armas.

Scott dimitió en octubre del mismo año su cargo de generalísimo, y en su lugar fué nombrado Mac Clellan, pero con ciertas limitaciones, todas en gran daño de la Union y solo para satisfaccion de Lincoln, de sus ministros y de la cohorte de los políticos elevados. Así los jefes del Sur estu-



Mac Clellan

vieron generalmente informados de los planes y trabajos del gobierno de Washington antes que este comunicara sus instrucciones al generalísimo y las recibieran los demás generales, porque en la misma capital federal tenia el Sur muchos amigos, hasta entre el bello sexo, que le tenian al corriente de lo que pasaba.

Su victoria á orillas de Bull-Run no produjo al Sur ventaja ninguna; al contrario, contribuyó á aumentar su petulancia y su exagerado menosprecio de las fuerzas del Norte. Para los hombres del Sur, y en especial para el gobierno de Richmond, era cosa evidente que ni en fuerza ni en valor podian medirse los hombres del Norte con los del Sur, y que uno de estos podia pelear con cinco de aquellos sin temor de quedar vencido. Jefferson Davis, que se halló próximo al

campo de batalla durante el combate, escribió un parte exageradísimo en que faltó abiertamente á la verdad, diciendo que 15,000 de los suyos habian derrotado á 35,000 federales, cuando en realidad por ambas partes entraron en accion unos 30,000 hombres y con la llegada de Johnston tuvieron los del Sur la superioridad numérica. La consecuencia de esta petulancia fanfarrona fué que los soldados del Sur se volvieron mas indolentes y menos enérgicos, y que muchos, cansados de la inacción y creyendo que la guerra se iba á concluir, desertaron, porque al recibirse la noticia de la victoria en Richmond se echaron las campanas á vuelo, el clero celebró en las iglesias funciones solemnes en accion de gracias al Altísimo, las señoras, que en el partido de los confederados desempeñaron gran papel, adornaron sus balcones

con flores y banderas, y los políticos empezaron ya á pensar en la eleccion del presidente definitivo de la nueva república confederada. Los partidos se enardecieron; la ciudad de Nashville, propuesta para capital definitiva, votó la suma de 750,000 pesos para la construccion del palacio de los futuros presidentes, y en medio de todas estas satisfacciones los gobernantes olvidaron la realidad y descuidaron su deber de sacar todas las ventajas posibles de su primera victoria. Igualmente descuidaron el aprovecharse de las que despues, en otoño del mismo año, consiguieron todavía sobre las fuerzas del Norte, como en la accion de Balls-Bluff, entre Washington y Harpers-Ferry, donde los confederados coparon y en parte acuchillaron un destacamento de federales enviado al otro lado del Potomac para hacer un reconocimiento. Los que no quedaron en el sitio perecieron en el

rio, porque ni se habia preparado la debida fuerza de reserva ni habia lanchas de trasporte para el caso de una desgracia imprevista. En este descalabro vergonzoso murió el senador Baker, nombrado por el Oregon, uno de los prohombres mas activos y mas enérgicos de la causa de la Union. Tambien el general Butler, que con su ejército estaba apoyado en la fortaleza de Monroe, fué rechazado con grandes pérdidas al querer arrojar de su posicion fortificada al general confederado Magruder. Supo Butler, por algunos negros que en esta accion habian caido en manos de los federales, que el enemigo empleaba sus esclavos en los trabajos de fortificacion, y á consecuencia de esta declaracion se apoderó en adelante de cuantos esclavos negros pudo, como cualquier otro pertrecho y material de guerra. Esta fué la primera ocasion que se presentó á los defensores



Negros penetrando en las líneas del Sur como contrabando de guerra

de la Union para tomar una resolucion respecto de los esclavos.

Mac Clellan empezó por organizar el ejército del Potomac y por proveer á la defensa de la capital federal, cosas ambas muy necesarias á juzgar por el siguiente pasaje de una comunicacion oficial de este general: «Al tomar posesion del mando encontré una porcion de regimientos en estado de abandono completo en las cercanías del Potomac. La capital federal estaba casi indefensa; del lado del Maryland apenas habia obra defensiva alguna, ni estaban ocupadas por los nuestros, como debian estarlo, las alturas inmediatas que dominan la ciudad, desde las cuales el enemigo habria podido bombardearla, si no hubiese preferido tomarla desde luego por asalto. En 27 de octubre habia todavía en el ejército del Potomac 14,000 individuos que carecian de armamento.»

Mac Clellan, sin hacer caso de las continuas instancias de Lincoln y de sus ministros para que tomase la ofensiva, dedicóse en todo lo restante del año 1861 á organizar é instruir el ejército, que tambien fué aumentado considerablemente. Cada dia habia ejercicios, paradas y revistas de inspeccion ante el general, acompañado de un brillante estado mayor, entre el cual se hallaban varios príncipes de la casa de Orleans. Las avanzadas se hostilizaban con las del enemigo, pero sin que ni de una parte ni de otra llegara á entablarse lucha formal, á pesar del bellissimo tiempo y del

excelente estado de los caminos; pero desde el 13 de enero de 1862, dia en que Cameron, el ministro de la Guerra, cedió su puesto á Stanton, recibieron las operaciones militares un impulso vigoroso.

La guerra en los Estados del Centro hasta la toma de Wicksburgo

El Estado de Kentucky, patria, por una coincidencia singular, de Lincoln y de Jefferson Davis, aquel presidente de la Union y este de la Confederacion del Sur, tenia, segun el censo de 1860, una poblacion total de 1.156,000 habitantes, formada de 920,000 blancos libres (1), 10,000 individuos de color libres y 226,000 esclavos. La mayoría de la poblacion, segun luego resultó, era partidaria de la Union. El partido esclavista dominaba solo en determinados distritos, pero el gobernador-presidente era adicto al Sur y se habia negado á auxiliar al gobierno de la Union con el contingente armado que este habia pedido. La fuerza armada del Estado era insignificante y su jefe, Buckner, que mas adelante recibió en el ejército confederado un mando de general, era tambien partidario del Sur. Los amigos de la Union no estaban organizados ni tenian armas; de suerte que los agentes del Sur, que trabajaban activamente para aumentar su partido, habrian conseguido dentro de plazo

(1) Habia blancos, cuarterones, esclavos.